



LA HIJA DE HERODIAS.

Nitidus oleo guttur ejus: novissima autem illius amara quasi absinthium et acuta quasi gladius biceps. Pedes ejus descendunt in mortem et ad inferos gressus illius penetrant.

(Proverb. V, 3 seqq).

EL Precursor de Cristo, á la edad de treinta y un años, brillaba á los ojos de la Judea como una lámpara que esparce el calor y el brillo, pues hacia conocer y amar la verdad. Mas se extinguió de repente por el sopro asolador de la tormenta; los poderosos querian obtener de él para sus crímenes la complicidad de su silencio, y rehusó él comprar la libertad de su vida exterior por medio de la esclavitud de su palabra, y los poderosos le hicieron saltar la cabeza para castigarle la osadía de decir en alta voz lo que los remordimientos podian decirles en secreto.

Sabido es todo el tejido de intrigas, de ambiciones y de crueldades que envolvian la familia de Heródes el Grande. Despues de



Los hijos de Arango

A. Sanchez. lit.

Litog Llano y C.^o

LA HIJA DE HERODIAS.

haber dado la muerte á uno de sus hijos, desheredó al otro llamado Filipo, para vengarse de Mariamne, madre del jóven príncipe, que habia sido cómplice en una conjuración. Darémos ántes una sucinta idea de esta odiosa dinastía, á la cual estaba sujeto el pueblo escogido, despues que el cetro habia caido de las manos de la tribu Judá, segun estaba escrito en los altos decretos de Dios.

Cuando César se vió vencedor de Pompeyo y dueño de Roma, creyó oportuno exaltar á Aristóbulo, y le envió á Siria con dos legiones, á fin de hacer declarar este pais á su favor; pero Aristóbulo fué envenenado en el camino, y su hijo perdió la cabeza; obra uno y otro de los partidarios de Pompeyo. Previendo, no obstante, Antipater el poder y la exaltación á que se encaminaba César, le llevó numerosos socorros, viéndole sitiado en Alejandría, y presóle además útiles é importantes servicios, con los cuales se granjeó la gracia del dictador romano, y logró para sí el gobierno de la Judea, para su hijo Fasael el de Jerusalem, y el de la Galilea para Heródes, que fué el peor y el mas famoso de sus hijos, el cual nació en Ascalona el año del mundo 3932, 68 ántes de Jesucristo. Muchos autores antiguos han suscitado dudas sobre el origen de su familia. Pretenden algunos que no procedia de los judíos que habian vuelto de Babilonia, y llegan á afirmar que su padre era pagano y que, habiendo sido robado, fué conducido á Idumea é iniciado en las costumbres y en los misterios del judaismo, pues los idumeos, desde Juan Hircano, realmente observaban las leyes de Moisés. Tenia veinticinco años cuando subió las primeras gradas que debian conducirle al trono.

Por el año 40 ántes de Jesucristo, tuvo Heródes que refugiarse con su familia y riquezas en una fortaleza de la Idumea; despues pasó al Egipto, con el fin de ganarse la voluntad de Cleopatra, y marchando de allí á Roma, logró que Antonio fuese su defensor. Todo salió bien á Heródes, pues resentido el senado de que Antígono hubiese pedido auxilio á los Partos, enemigos de Roma, nombró rey de Judea á Heródes, y éste con las tropas suyas que pudo levantar, y las auxiliares que sacó de Roma al mando de Ven-

tidio, se dirigió contra Jerusalem; dió, aunque infructuosamente, un ataque, en la cual pereció uno de sus hermanos, llamado José, y en otra segunda batalla logró vencer á Antígono su rival y formalizó el sitio de la ciudad. Entonces, para asegurar sus derechos y su poder, casó con Mariamne, nieta del rey Aristóbulo, y entrando luego en Jerusalem, con el auxilio de las tropas romanas, degolló un gran número de habitantes. Pocos príncipes han hecho correr tanta sangre para consolidar su poder; no perdonó á ningun partidario de Antígono, principalmente si tenia bienes que confiscar: y aunque obligado á ceder á las instancias del pueblo, habia dado el sumo sacerdocio al jóven Aristóbulo, su cuñado. Bien pronto, temeroso de que éste, siendo amado del pueblo, le derribase del trono, mandó ahogarle traidoramente dentro de un baño en Jericó, y aun supo engañar al pueblo con un fingido dolor, y justificarse en el tribunal de Antonio, bien que el triunviro atendió mas á los regalos que á la inocencia de Heródes. Si éste ha conservado en la historia el sobrenombre de *Grande* es porque en realidad fué valiente, harto feliz en sus empresas, y llegó á hacerse poderoso; pero careció de todas las virtudes que pueden constituir la verdadera grandeza del hombre: fué tiránico, cruel é inhumano, y nunca quizá hombre alguno tuvo mas fuertes y terribles pasiones. Hizo morir al viejo Hircano, al cual debia la vida cuando era aún gobernador de Galilea, sin consideracion alguna á sus años ni á su antigua dignidad, solo por habersele dicho que habia recibido algunos dones del rey de los árabes. Hizo dar la muerte asimismo, ó con cuchillo ó con veneno, á su mujer Mariamne, y poco despues hizo perecer á Alejandra, madre de esta princesa, á cuyos crímenes le animaba su hermana Salomé, no ménos cruel que el mismo Heródes.

Mariamne fué la mas bella princesa de su tiempo: y tuvo la fatal suerte de ser condenada á muerte por su marido, por sospechas de infidelidad. A una sin igual hermosura reunia un talento extraordinario. Su desdicha fué el haber sido amada hasta el delirio por un hombre que habia tenido mas ó ménos parte en la muer-

te de su abuelo, de su padre, de su hermano y de su tío, y que habia por dos veces mandado que le fuese sacrificada en el caso de morir él mismo. El célebre Lord Byron, en sus *Melodías hebreas* supone que este feroz monarca fué perseguido por la sombra de Mariamne, hasta tanto que el desorden de su espíritu alteró su salud, y le condujo al sepulcro. Ved ahí los lamentos que pone en sus lábios, despues de la muerte de la infeliz princesa.

«Oh Mariamnè! el corazon que hizo derramar tu sangre, destila aún sangre por tí: la venganza es ahogada por el dolor, y al furor sucede el delirio del remordimiento. ¡Oh Mariamnè! ¿en dónde estas tú? Tú no puedes oír mi amarga justificacion; y si tú lo pudieses, tú me perdonarias ahora, por mas que el cielo fuese sordo á mi plegaria.

«Muerta es, pues, ella?—¿Osaron ellos obedecer al frenesí de mi suspicaz demencia? Mi cólera llevó el decreto de mi desesperacion. El cuchillo que la hirió está pendiente sobre mi cabeza. —¡Mas tú estás helada, yerta, mujer adorada que yo asesiné! ¡Y es en vano que mi sombrío corazon suspire junto á aquella que cierne solitaria por las alturas, y deja aquí mi alma indigna de salvacion!

No es ya aquella que partió conmigo la diadema: muerta es la que se llevó mi dicha á su sepulcro: yo he arrancado del trono de Judá esa flor que nose abria sino para mí. Mio es el crimen, mio el infierno: mia la eterna desolacion del alma. Harto merecidos tengo estos tormentos que me desgarran sin descanso.»

Murmuraba el pueblo, al ver las atrocidades de este rey inhumano; el cuál, viéndose mas consolidado en su poder, despues de la victoria de Augusto, y no teniendo que temer nada en lo exterior, embelleció á Jerusalem con edificios, y destruyó el templo edificado por Nehemías, para construir otro de nuevo que se asemejase en hermosura al de Salomon. Para calmar ó distraer á lo ménos la justa indignacion del pueblo, empezó á emplear sumas considerables en las construccion del templo, que quiso restituir á su esplendor antiguo, en restablecer los muros de la ciudad, en

construir un teatro y un circo, y en fundar juegos quinquenales en honor de Augusto que, engañado por sus adulaciones, le habia confirmado en la posesion de la Judea. Mas estas fiestas, contrarias á las leyes y costumbres de los judíos, produjeron quejas y rebeliones, que Heródes no pudo apaciguar sino con el terror de los suplicios. Sin embargo de su innata crueldad, habiéndose introducido en la Judea la peste y el hambre en pos de ella, 25 años ántes de Jesucristo, Heródes con su actividad supo atajar felizmente estas dos terribles plagas, llegando á fundir su vajilla y vendiendo sus alhajas para comprar granos en el Egipto, y restituir á sus estados la abundancia y la salud; y sin duda fué entónces cuando el agradecimiento obligó al pueblo á darle el título de *Grande*. En sus últimos dias, ¡qué horror! la cruel suspicacia le convirtió en parricida, pues hizo ahorcar á sus dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, por las sugerencias de Antipater, hijo tambien suyo, aunque de otra madre. La historia de los magos y del degüello de los inocentes de Belen, que se han popularizado, añaden otra página de sangre á la historia de este monstruo. En sus últimos años el rey parecia rodeado de fantasmas; su mirada era sombría é inquieta: sus palabras breves, y sus lábios agitados de movimientos convulsivos. Procuraba extinguir sus remordimientos con nuevos crímenes. Contra la ley de los judíos habia hecho colocar una águila de oro sobre la grande puerta del templo: expárese la noticia de su muerte: los jóvenes derriban aquella águila: Heródes vuelve á levantarse; apodórase de los imprudentes y de cuarenta de sus amigos, y todos son quemados vivos. Pero la vida se le escapaba, y su cuerpo no era mas que una llaga horrible que devoraban los gusanos. Habiendo sabido que su hijo Antipater se mostraba alegre viendo el fin próximo de su padre, le hizo dar muerte, aunque no le sobrevivió mas de cinco dias. Cercano ya á su muerte, y previendo el júbilo general de todo el pueblo judío, que á ella seguiria, mandó bajo pena de muerte á todas las personas de alguna consideracion en la Judea que pasasen á Jericó. Despues los hizo encerrar á todos en el circo ó hipódromo. Salo-

mé, su madre, y Alejas, su cuñado, estaban entónces junto á su lecho de muerte, y este viejo de setenta años, cargado de crímenes, que tan lúgubramente borraban sus bellas acciones, se levanta con pena y los ojos bañados en llanto, les hace prometer que degollarán á todos los prisioneros del hipódromo luego despues de haber él espirado, á fin de que los judíos de todos los países derramen á lo ménos lágrimas en su muerte! ¡Así queria perpetuar su cruel inhumanidad aun despues del sepulcro! Se le prometió todo lo que él queria, y espiró en aquel postrer goce de la barbarie; pero la sangre inocente no roció su detestada tumba; y Arquelao, sucesor suyo por testamento, se contentó con hacerle unos magníficos funerales.

Augusto confirmó de pronto la disposicion de Heródes, pero óidas las quejas de los dos hermanos, Arquelao y Heródes Antipas, asignó al primero la Judea propiamente dicha, y la Idumea, bajo el título de tetrarca ó enarrea; al segundo dió la Galilea y la Petrea, y á Filipo, hermano de los mismos, la Tracómite, la Batanea y la Auranite, con el título de tetrarca. Arquelao habia heredado la crueldad de su padre; y Augusto, cansado de oir las repetidas quejas de los judíos, le llamó como á un simple particular y le desterró á las Galias, dejando la Judea unida á la Siria, desde cuya época puede decirse que quedó convertida en provincia del imperio romano. El nacimiento de Jesucristo se verificó un año ántes de la muerte de Heródes.

Reducida, pues, la Judea á provincia romana y sujeta al comandante ó gobernador de la Siria, los descendientes de Heródes el Grande conservaron, sin embargo, el título de tetrarcas ó de reyes de algunos territorios, y Heródes Antipas, que se mantuvo en el gobierno de Galilea, procuró ponerla á cubierto de toda invasion, haciendo su capital á Sáfiris, á la cual rodeó de murallas. Filipo, hermano de Heródes Antipas, casó con su sobrina Herodías, mujer de brillantes cualidades, y sobre todo de una grande ambicion.

Heródes, para captarse el favor de Tiberio, habia fundado en

honor suyo, á orillas del lago de Genezaret, una ciudad á la que dió el nombre de Tiberiade. Cierta dia, pues, vió Heródes á su tío el tetrarca de Galilea que pasaba á Roma para ofrecer al emperador Tiberio el patronato de aquella ciudad que habia edificado, y á la cual habia puesto su nombre. Convinieron que al regreso el tío repudiaria á su mujer, hija de Aretas, rey de Arabia, y que su sobrina se le juntaria, abandonando á su marido Filipo. Y cumplieron mutuamente su palabra.

Este insolente libertinage causó escándalo á toda la nacion de los judíos, porque era un ultraje hecho á las costumbres públicas, y la violacion manifiesta de las leyes mas respetadas. A San Juan tocaba el tomar á su cargo la defensa de la justicia, y reclamar con toda la libertad del ministerio profético, en favor del derecho atropellado por la fuerza. Pues entónces, como ahora, fué un honor exclusivo á los hombres de fé el haber opuesto su conviccion, sostenida por la majestad de los principios, á la impetuosidad de la pasion, sostenida por el poder; y, ¡cosa admirable! nadie ha combatido tanto por la gloria y pureza de la familia como aquellos que no conocen todos sus goces: su afeccion negada á un objeto individual, se ha aplicado y extendido sobre la humanidad entera, y haciendo en pro de ella cuanto un hombre dotado de un buen corazon debe á la sangre y al nombre de sus allegados, han echado, bien lo sabe la Europa, todo el poder de sus palabras en la balanza en donde se pesaban los destinos de la civilizacion.

Heródes Antipas hallábase con toda su corte sobre la ribera oriental del Jordan, para la dedicacion de la ciudad de Liviada, á corta distancia del castillo de Maqueronta. En esta solemnidad se hicieron grandes regocijos, que solo fueron turbados por el celo de San Juan, el cual dirijió vivas increpaciones á Heródes acerca toda su conducta, llena de injusticia y de violencia, diciéndole con firmeza: «No os es lícito el retener la mujer de vuestro hermano.» Era en algun modo Elías resucitado, y luchando contra Acab y Jezabel. Herodías rechinaba despechada, pues temia que los discursos de aquel hombre justo hiciesen impresion en el espíritu del

príncipe, y que de resultas su fortuna recibiese una herida de muerte. Convenia, empero, disimular y recurrir á algun artificio para ocultar la venganza bajo un especioso pretexto.

Conocida era por toda la Galilea y la Judea la envidia que contra San Juan alimentaban los fariseos y los doctores de la ley: no solamente no habian recibido el bautismo de manos del Precursor, sino que, rebozando en ódio contra su persona, le llamaban poseido del demonio. Heródes, instigado por su propia pasion, y mas aún por las instancias de su cómplice, se sirvió del ministerio de aquellos envidiosos para apoderarse de su rígido censor; y sea que ellos por sí mismos le hubiesen puesto en sus manos, ó que él hubiese dado la órden de prenderle, le hizo cargar de hierros y encerrar en el castillo de Maqueronta. Este hecho está confirmado por el historiador Josefo, bien que éste dá otro motivo al arresto del profeta, en lo cual no quiere reconocer mas que una razon de Estado. «Juan, dice, era un hombre piadoso, que exhortaba con eficacia á los judíos á abrazar la virtud, y á satisfacer por medio de la justicia lo que unos á otros se debian, y por la piedad, lo que debian á Dios; á purificar su alma por la práctica de todos los deberes, añadiendo á ello la purificacion corporal por medio del bautismo. Seguía una gran multitud de pueblo, porque todos quedaban encantados de oír sus discursos, y los judíos parecian dispuestos á emprender todo cuanto les hubiese mandado; por manera que, temiendo Heródes que el poder que sobre ellos tenia aquel hombre no provocase alguna sedicion, creyó deber prevenir el mal, para ahorrarse el arrepentimiento de haber tardado en demasía en aplicar el remedio.» Así habla Josefo, y tampoco seria imposible que los fariseos y doctores de la ley, movidos de su propia envidia, hubiesen procurado inspirar á Heródes semejantes temores; y que el mismo Heródes se hallase muy dispuesto á temer y á irritarse al aspecto de todo cuanto podia hacer balancear su poder.

Herodes, empero, que temia sobre todo la palabra de San Juan, no se daba por satisfecha con verle preso; queria hacerle morir, y

hasta alguna vez arrastraba á Heródes á participar de sus propios sentimientos. No obstante, el temor le hacia retroceder de sus propósitos, y de otra parte no podia dejar de estimarle, convencido de que era un hombre justo y santo, sin que hubiese podido tampoco retirar de él todo su respeto y toda su confianza; porque hay en la virtud, sobre todo cuando sufre persecucion, una dulce majestad que conmueve hasta al verdugo; pero el odio de la mujer es ciego é implacable. Y como el santo lo mismo contemplaba á Heródes en la cárcel como le habia contemplado en el Desierto y no cesaba de decirle que no le era lícito retener la esposa de su hermano, lo que en Juan era la integridad y firmeza impávida de la virtud, era en Herodías un estímulo permanentemente para urdir de continuo los mas atroces planes de venganza.

Los discípulos del preso le visitaban con frecuencia; pero como él no queria que tuviesen adhesion á su persona olvidando á aquel de quien era solo Precursor, procuraba llamar hácia Jesus la atencion de sus amigos. Supo, durante su cautiverio, los prodigios con que el Hijo de Dios señalaba su tránsito por todas partes; pero no se mostró admirado de ellos, pues sabia que era el Cristo. Mas viendo que sus discípulos lo ponian en duda, escogió á dos de ellos y los envió al Señor, que se hallaba á la sazón en Galilea. Al acercarse, pues, á Jesus, le dijeron: "Juan Bautista nos envia á vos para preguntaros ¿si sois vos el que ha de venir, ó si debemos esperar otro?" Porque en aquel mismo tiempo Jesus sanaba á muchas personas de sus dolencias, de sus llagas; echaba los demonios de los poseidos, y restituia la vista á muchos ciegos. Respondió, pues, á los enviados: "Idos, y referid á Juan lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan sanos, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres." El Señor añadió esta última circunstancia, como una prueba tan milagrosa de su mision, como la curacion de las dolencias y la resurreccion de los muertos: porque en efecto, ninguna doctrina humana, nin-

guna escuela filosófica hasta entónces habia hecho al pueblo la limosna de la verdad. Los doctos y los sábios del antiguo mundo no poseían por cierto el secreto del destino humano; pero por fin poseían una doctrina que tenían por verdadera; la vendian á peso de oro, ó la distribuian con todo el fausto de la palabra, en asambleas en donde el pueblo no tenia ni el tiempo, ni el dinero, ni la comprension necesaria para entenderla, y aun muchos de ellos la tenían como estacada en su conciencia ó cautiva en su escuela, por manera que ni aun los mismos que iban á comprarla podian obtenerla. Mil veces se ha increpado á los que gobernaron el mundo ántes de la era cristiana, por haber circunscrito á los hombres en injuriosas clasificaciones, establecido la esclavitud, fundado los gobiernos sobre la preponderancia de la fuerza; pero no creemos que se les haya arrostrado lo bastante de haber negado por los hechos el derecho de todos los hombres en conocer la verdad. Necesario fué que un Dios viniese á enseñar al mundo que la verdad es como el aire y como el sol, el patrimonio de todos: que viniese á levantar sobre la plaza pública una cátedra á donde pudiese subir la ferviente caridad, con todo su espíritu de sacrificio, y en torno de la cual los débiles, los pobres, los pequeños, hasta los esclavos, pudiesen reunirse, contemplar la verdad en todo su resplandor, y respirar el aire generoso de la libertad evangélica.

Los diputados de Juan no recibieron otra respuesta; pero los prodigios que habian visto probaban mejor que todos los racionios la mision divina de Jesus, y por consiguiente la verdad de su doctrina. Cuando aquellos se hubieron retirado, dijo el Señor á la multitud, hablando del cautivo, cuya voz habia resonado en la soledad y llamado los hombres á la justicia: "¿Que fuisteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué fuistes á ver, pues? ¿Un hombre rico y voluptuosamente vestido? Mas los que llevan vestidos preciosos y que viven en las delicias, habitan en los palacios de los reyes. ¿Qué fuisteis, pues, á ver? ¿Un profeta? Sí, y mas que un profeta, De él es de quien está